

AGENDA CIUDADANA

LA DEBILIDAD COMO HERENCIA

Lorenzo Meyer

El Origen de la debilidad de la presidencia de Ernesto Zedillo no se encuentra tanto en las varias y no muy afortunadas acciones emprendidas por su gobierno a partir del 1° de diciembre de 1994, sino en una condición heredada. Condición que, eso sí, se ha agravado por errores propios.

Los ya famosos "errores de diciembre" -el pésimo manejo de una devaluación inevitable en vísperas de la navidad de 1994-, la efímera vida del Acuerdo Político Nacional o la agudización del caciquismo en Tabasco o Guerrero, han hecho evidente lo que hasta el final del gobierno de Carlos Salinas se había medio ocultado con una hábil manipulación de la información: que el salinismo entregó a sus sucesores una nave estatal que hacia agua por varias partes, una institución presidencial en descomposición, y una bomba económica con la mecha encendida. Todo indica que el nuevo presidente no pareció percatarse del desastre que le heredaba el gobierno saliente, pues de otra manera no se explican los elogios con que Ernesto Zedillo despidió a su antiguo jefe el primero de diciembre. Vale la pena recordarlos ahora; tras calificar a Salinas de visionario, inteligente y patriótico, el nuevo presidente declaró: "[e]stoy seguro de que Carlos Salinas de Gortari tendrá siempre la gratitud y el aprecio del pueblo de México". Pronto habría de quedar claro que entre los dones de Ernesto Zedillo no estaba el de la profecía.

La bomba económica y política armada por Salinas mediante la manipulación del endeudamiento externo y el tipo de cambio, le estalló a Zedillo en las manos pero antes de lo que el propio personaje de Agualeguas hubiera tenido tiempo de ponerse a salvo. En efecto, la explosión en diciembre del 94 del tipo de cambio -y del modelo económico que lo había sustentado-, no sólo destruyó las pocas posibilidades que Ernesto Zedillo tenía para armar un proyecto sexenal viable -en este siglo, sólo Pascual Ortiz Rubio tuvo un inicio de gobierno tan desastroso como el actual-, sino que hirió de muerte al proyecto de Salinas de ser en 1995 el primer presidente de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

La Negativa de Pedro de la que todos hemos oído es aquella que hizo San Pedro en relación a Cristo hace casi dos mil años, pero la que muchos desconocíamos era la de otro Pedro mucho más reciente y mundano, Pedro Aspe -el poderoso secretario de Hacienda de Carlos Salinas-, que justo al cierre del sexenio les negó a su jefe, el presidente de la república, y a su sucesor, la posibilidad de llevar a cabo una indispensable devaluación del peso. Es muy probable que hoy el doctor Aspe, como el primer Pedro, este arrepentido de su acción. Finalmente, esa negativa de Pedro Aspe del 20 de noviembre de 1994 le costó muy caro a casi todos los mexicanos: a los pobres desde luego, pero también a los ricos e incluso a los superricos, pues la crisis que provocó el haber dejado pasar el último momento

para devaluar bien, hizo que de los 24 mexicanos listados por la revista *Forbes* en 1994 como parte de los mil millonarios del mundo, hoy sólo queden diez y algunos de ellos con sus fortunas muy disminuidas (*El Financiero*, 5 de julio).

De acuerdo a información recién publicada por un diario bien informado en asuntos salinistas, *The Wall Street Journal* (6 de julio), el domingo 20 de noviembre de 1994 el presidente Salinas, después de haberlo discutido y acordado con el presidente electo Ernesto Zedillo, le pidió a su secretario de Hacienda proceder una devaluación del peso frente al dólar del orden del 10%. Se trataba de una modificación relativamente pequeña de la paridad si se tiene en cuenta que por varios años consecutivos el déficit de México en cuenta corriente había superado los veinte mil millones de dólares. De tiempo atrás la devaluación era una necesidad impostergable no sólo desde el punto de vista del interés nacional sino incluso desde el interés del propio grupo salinista, pues los signos de una crisis mayor eran evidentes: dos días antes de que el presidente pidiera la devaluación, habían salido del país 1,700 millones de dólares y en los dos días posteriores saldrían otros 4 mil millones más, todo ello a cuenta de especuladores mexicanos (*La Jornada*, 9 de julio). Se iniciaba así un nuevo ataque contra el peso provocado por una sobrevaluación evidente, pero a la que no se había querido confrontar por temor de alterar la atmósfera de prosperidad y tranquilidad que el

PRI necesitaba para ganar las elecciones presidenciales del 94.

Así pues, para noviembre ya se había perdido mucho tiempo, pero aún era posible que el gobierno saliente hiciera algo significativo para resolver el problema de la sobrevaluación: devaluar de golpe en vez de seguir confiando en que el aumento del desliz de unos cuantos centavos al día del peso frente al dolar detuviera una fuga de más de mil millones de dólares por jornada. Sin embargo, el secretario de Hacienda se negó a acatar la orden de cambiar de rumbo. Todo indica que el doctor Aspe quería cerrar la etapa de su carrera como el gran arquitecto de la modernización económica mexicana, mostrando que estaban equivocados sus críticos internos y externos -en este último caso Rudiger Dornbusch- que habían insistido en que el peso estaba sobrevaluado y que el aparente éxito de la apertura internacional de la economía mexicana tenía como contraparte un déficit monstruoso. Un déficit que se había neutralizado por la peligrosa vía de atraer enormes cantidades de capital externo especulativo, incluso al costo de convertir parte de la deuda interna -tesobonos- en externa, garantizando su pago en dólares.

La Pérdida del Poder Presidencial conque Salinas concluyó su sexenio había quedado al descubierto con la rebelión armada de las comunidades indígenas chiapanecas en enero de 1994, se había acelerado con el asesinato del heredero designado -Luis Donaldo Colosio- y finalmente echó

raíces con la amenaza del secretario de Gobernación -Jorge Carpizo- de renunciar en vísperas de unas elecciones competidas y difíciles. Sin embargo, el verdadero nivel de la caída del poder presidencial lo dio el hecho de que en noviembre el jefe del Poder Ejecutivo no pudiera ya siquiera lograr que su secretario de Hacienda -que, como todo secretario, no era más que un encargado del despacho- cumpliera una orden importante; Aspe, como antes Jorge Carpizo, desarmó al presidente amenazando con renunciar. La renuncia del encargado de las finanzas de un país endeudado en extremo, dependiente por entero de la confianza de los inversionistas y a 10 días del fin de un gobierno, hubiera sido la señal para que se metiera el acelerador en la fuga de capitales y se produjera precisamente lo que se deseaba evitar: una crisis económica de grandes proporciones (justamente como la que finalmente ocurrió). Una crisis así, hubiera dado al traste con las aspiraciones de Carlos Salinas de ser el primer presidente de la OMC, (tal y como finalmente habría de suceder).

Lo que finalmente sucedió ya lo sabemos, y lo estamos pagando. La devaluación que Ernesto Zedillo se vio forzado a llevar a cabo ya no fue del 10%, ¡sino del 100%!; la imagen que Aspe pretendió cuidar dejando el tema del ajuste de la paridad cambiaria a su sucesor, fue destruida por la explosión económica, al igual que las de José Serra Puche, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo y la del resto del grupo de tecnócratas neoliberales.

Así pues, queda claro que la debilidad actual de la institución presidencial, se gestó y se manifestó en la propia época de Salinas.

El Verdadero Mito Genial del sexenio pasado no fue tanto ese que inventó Pedro Aspe en la cumbre de su poder y prestigio -que el desempleo abierto en México era apenas superior al 3%- sino el de la gran fortaleza de la presidencia de Carlos Salinas, el joven tecnócrata modelo de modernizadores de países periféricos y adelantado de la política latinoamericana del siglo XXI.

Buena parte del salinismo resultó ser, finalmente, mera ilusión. Su fórmula modernizadora consistió en montarse oportunamente en la ola internacional de la apertura de mercados, la globalización y la privatización, pero sin tocar la esencia de lo verdaderamente viejo en México: el autoritarismo político basado en un partido de Estado. Una economía política antidemocrática y de derecha, pues eso fue el salinismo, permitió hacer más sólidos los lazos que ya existían entre la presidencia por un lado y el gran capital internacional y nacional, la Iglesia y el PAN por el otro. La impresionante entrada de capital extranjero a México fue, finalmente, menos inversión real y más especulación pura, pagada con altas tasas de interés por la sociedad mexicana. Algunos poderes de facto que ya habían avanzado mucho, en particular el narcotráfico, continuaron su carrera ascendente; los pocos golpes en su contra tuvieron como objetivo no su erradicación sino la satisfacción de ciertas

demandas norteamericanas. En contraste, la calidad de la impartición de justicia y la protección del ciudadano común siguieron en su acelerada carrera descendente.

El gran golpe contra el líder petrolero Joaquín Hernández Galicia "La Quina" no fue resultado de un asalto contra el caciquismo sindical corrupto, sino un mero ajuste de cuentas contra un enemigo del presidente...y la búsqueda de una buena campaña de publicidad. Las dos reformas políticas hechas por los salinistas en sus tiempos y condiciones, resultaron un fracaso y por ello en 1994 -en plena emergencia política, resultado de la rebelión chiapaneca- fue necesario elaborar, sobre la marcha, una tercera que ahora tiene que reformarse. La destrucción de monopolios de Estado de ninguna manera significó un ataque a los monopolios en general, pues los privados fueron mantenidos, protegidos y alentados. El Programa Nacional de Solidaridad fue menos un ataque auténtico a la pobreza y más un instrumento para reapuntalar el presidencialismo y recuperar votos para el PRI. La concentración del ingreso se aceleró, y los pobres se hicieron más pobres y los ricos más ricos.

En fin, la lista de los supuestos éxitos del salinismo fácilmente puede convertir hoy en una lista de problemas no resueltos, agudizados, y razón de la rápida y caótica transformación -decadencia- del sistema político mexicano. Ahora bien, las consideraciones anteriores no buscan disminuir la importancia de la responsabilidad de Ernesto

Zedillo y sus colaboradores en la agudización de la crisis mexicana -mal manejo de la economía, violencia, resurgimiento del caciquismo, inseguridad ciudadana, etc.-, sino ponerla en perspectiva. Una perspectiva que es indispensable para entender y enfrentar el reto de la transición mexicana: un problema menos de personas y más de instituciones.